

D.1053
23
v.6



Esta obra es propiedad de su editor, y nadie sin su consentimiento, podrá traducirla ni reimprimirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Imprenta y Casa editorial de Felipe González Rojas, calle de San Rafael, núm. 9, (barrio de Pozas.)



SEGUNDO IMPERIO FRANCÉS
CAPÍTULO PRIMERO

Revolución de Febrero.

El ideal de la gran revolución francesa, en su largo desarrollo de mil setecientos ochenta y nueve á mil ochocientos quince, fué transportar la sociedad de la constitución geográfica, que representaba la monarquía absoluta, á la democracia, que expresa el régimen constitucional y representativo. La monarquía absoluta subordinaba los habitantes al suelo y hacía propietario exclusivo de éste al rey, única persona de derecho, señor de vidas y haciendas; el régimen representativo emancipa á la persona de toda dependencia y la erige en único fundamento de las relaciones sociales, sustituyendo al rey el pueblo. Este salto de la geocracia á la democracia, del derecho de uno al derecho de todos, era demasiado grande para que pudiese darlo la sociedad, y por esto fracasó aquella revolución. El paso que procedía dar, único posible en la evolución de los Estados europeos, aunque de suma transcendencia, era de la geocracia á la timocracia, del suelo á la riqueza, sin distinción de mueble ó inmueble, del derecho de uno al derecho de varios, de los ricos. Tal fué el régimen que se estableció en Francia por la constitución de mil ochocientos quince, y que llegó á todo su apogeo durante el reinado de Luis Felipe. Pero la timocracia contiene la democracia en germen; porque la riqueza la crea el hombre, y el hombre la adquiere ó pierde, acrecienta y disminuye, según su inteligencia, actividad ó economía; por donde es obvio que sobre la riqueza está la persona, y que reconocer á la primera como funda

mento social vale casi tanto como reconocer á la segunda. Por esto la timocracia ha sido de breve duración; solamente habría podido perseverar en el caso de haberse inmovilizado las sociedades. Todo su reinado ha sido un progreso continuo, más ó menos suave, hacia la democracia, mediante las medidas encaminadas á la desamortización de la riqueza inmueble ó facilitar su curso, la concesión del derecho electoral á las capacidades y la baja del censo. Por este proceso, había llegado necesariamente á un punto en que el influjo de la riqueza fuese contrarrestado por el de la persona, comenzando entonces el período de transición de la timocracia á la democracia, en el que está comprendida la segunda mitad de la décimonona centuria. Señalan el ingreso en esta fase de la evolución de las naciones el prestigio reconocido al talento y á la virtud en el orden social; el establecimiento del sufragio universal en lo político, y en lo económico las disposiciones adoptadas por los Gobiernos á favor de los obreros. En estos tres aspectos, la revolución francesa de mil ochocientos cuarenta y ocho es el hecho que inaugura el advenimiento de la democracia en el régimen de las naciones europeas.

Bajo malos auspicios abrió Luis Felipe el parlamento, el veintiocho de Diciembre de mil ochocientos cuarenta y siete. En el tránsito, de las Tullerías á la Cámara, fué acogido por el público con silencio glacial; subió al trono perezosamente, y leyó con voz más apagada que de costumbre el discurso, que contenía frases imprudentes y provocadoras. «En medio de la agitación que fomentan las pasiones enemigas ó ciegas, dijo, me anima y me sostiene la convicción de que poseemos en la monarquía constitucional, en la unión de los grandes poderes del Estado, los medios más seguros de salvar todos los obstáculos.» No se retuvo más que esta frase de todo el discurso. «Lo de las pasiones enemigas» iba contra los republicanos; lo de «las pasiones ciegas» contra la oposición dinástica. El rey, escudando á su ministerio, respondía personalmente á los oradores de los banquetes. La renta bajó. Todo el mundo presentía que se trataba de algo más que de las luchas parlamentarias anuales. Por su parte, el ministerio contribuía á aumentar la agitación pública suspendiendo las lecciones de Michelet, después de haber suspendido las de Edgar, Quinet y de Mickiewicz. Los estudiantes salieron en manifestación, dirigiéndose á la Cámara de los diputados á reclamar la libertad de la enseñanza superior, y de allí á las redacciones de los periódicos republicanos. Así se inauguraba el tempestuoso año de mil ochocientos cuarenta y ocho.

La contestación al discurso de la Corona empezó á discutirse en las dos Cámaras, bajo la terrible impresión de un nuevo escándalo denunciado por *El Nacional* y que alcanzaba al mismo Guizot, consistente en que la dimisión de los individuos del Tribunal de Cuentas había sido comprada con dinero, para recompensar con sus plazas servicios parlamentarios, habiendo sido el negociador el propio jefe del Gabinete. Entristece pensar que un hombre de Estado, un espíritu elevado y de probidad irreprochable, crease la co-

rrupción como instrumento necesario del gobierno constitucional. En la misma Cámara de los pares, de ordinario tan sumisa, tuvo Guizot que defenderse acerca de este deplorable asunto. Hubo incidentes notables. Un joven par, Altón-Schéé, lanzó un discurso republicano al rostro de la Asamblea estupefacta, al paso que, del lado opuesto, Montalembert, que hasta entonces mezclara el liberalismo con el catolicismo, acusó al Gobierno de no haber sostenido al *Sonderbund* en Suiza y acometió furiosamente contra el radicalismo, contra la revolución, contra la filosofía del siglo décimooctavo, contra todo lo moderno. La Cámara de los pares no devolvió la contestación al discurso de la Corona sin modificarla con una adición, en que felicitaba á los príncipes italianos que concedían reformas á sus pueblos.

En la Cámara de los diputados, la discusión que se abrió el diez y siete de Enero, tuvo mucha más resonancia. Odilon Barrot estuvo aplastante en lo del tráfico de las plazas del Tribunal de Cuentas, escudándose Guizot en el débil argumento de un supuesto uso, que él no justificaba, que antes «deseaba, dijo, suprimir.» El debate se extendió á todas las graves cuestiones, así de lo interior como de lo exterior. Thiers se ocupó en la hacienda, mostrando que, subiendo los gastos á mil seiscientos millones, todos los años se saldaban las cuentas con déficit, recurriéndose para pagar el presupuesto ordinario á las reservas de la amortización, y para pagar el presupuesto extraordinario á la deuda flotante, que se disminuía de vez en cuando con empréstitos. Tocqueville, de corazón noble y espíritu penetrante, que acababa de publicar una de las obras de filosofía política más notables de la literatura francesa, *La democracia en América*, habló de los peligros de la situación moral. «La clase que gobierna, dijo, da funestísimo ejemplo. El sentimiento de la moralidad se va; electores y elegidos, funcionarios altos y bajos, todo el que toma parte en el gobierno sólo trabaja para levantar su fortuna.» Hizo ver el efecto desastroso de semejantes costumbres en las clases que no tenían derechos políticos. «Sus pasiones, continuó, se han trocado de políticas en sociales; se propagan por entre sus filas opiniones, ideas que tienden á derribar no solamente tal ministerio, tal gobierno, mas también la sociedad misma.... Estamos durmiendo sobre un volcán.» Lamartine arremetió contra la política extranjera. «Por culpa vuestra, dijo á los ministros, Francia ha tenido que ser, contra su naturaleza, contra su historia y su tradición, austriaca en Roma, sacerdotal en Berna, austriaca otra vez en el Piamonte, rusa en Cracovia, francesa en ninguna parte, contrarrevolucionaria en todas.» Guizot se limitó, en su respuesta, á ponderar la moderación de la corte de Viena, declarar que Francia mantendría los tratados de mil ochocientos quince, como si Austria no los hubiese roto en Cracovia, y sostener, respecto de Italia, que no se trataba de constituciones, sino de simples reformas otorgadas por los príncipes. Así hablaba precisamente en los instantes que los regimientos austriacos, habiendo invadido los ducados de Parma y de Módena, degollaban á la juventud lombarda en las calles de

Milán y de Pavía, y que la escuadra del rey de [Nápoles bombardeaba á Palermo, en Sicilia, sublevada á los gritos de: ¡Viva la Constitución!

Al día siguiente, Thiers replicó á Guizot con frase elocuente y conmovedora. «En los actos de Austria, dijo, no se ve á un rey, sino á un verdugo.... La historia no debe ser más indulgente con ese otro tirano que hace bombardear durante cuarenta y ocho horas la principal ciudad de uno de sus Estados..... Puesto que tenemos una tribuna, sirvámonos de ella para difamar á los asesinos y condolernos de las víctimas..... Los degollados en Palermo, en Milán, en Pavía, son nobles émulos de aquellos revolucionarios que tomaron la Bastilla en mil setecientos ochenta y nueve y derribaron en mil ochocientos treinta un gobierno conculcador de las leyes..... Se dice que somos nosotros los que removemos el mundo desde hace cincuenta años..... desde hace más de trescientos años. Si, somos aquellos grandes criminales que proclamaron, con Descartes, la libertad de pensar, que proclamaron, con Bossuet, la independencia de la Iglesia, que, con Montesquieu y Voltaire, restituyeron sus derechos al género humano. Somos aquellos grandes criminales, lo reconozco con orgullo para mi país..... Siguiendo nuestro ejemplo, los italianos piden reformas á los príncipes animados de espíritu liberal y se sublevan contra tiranos execrables.» Tales palabras, en tales labios, causaron en la Asamblea viva conmoción. «Se nos oponen los tratados de mil ochocientos quince, continuó. Esos tratados Francia debe observarlos, pero detestándolos. ¿Los observa acaso Austria? ¿Por qué entonces el gobierno francés permite á los austriacos entrar en Estados independientes, como Parma y Módena?» Á la vehemencia de su terrible adversario, Guizot trató de oponer la ironía, pretendiendo demostrar que la política de Thiers, defendiendo los tratados de mil ochocientos quince, no difiere de la suya más que en apariencia.

No salió mejor librado el ministerio en la cuestión suiza que en la italiana. Verdad es que su conducta, como hemos visto, había sido en este particular mucho peor aún. Thiers, que cada día daba un paso adelante, tomó esta vez una actitud que abría entre él y Guizot más que una barrera, un verdadero abismo. Sentó que dos partidos, el de la revolución y el de la contra-revolución, se disputaban el predominio en Suiza al igual que en Francia, y felicitó á los patriotas suizos por haber triunfado, en provecho del partido francés y en perjuicio del partido retrógrado, ultramontano y austriaco, que el gobierno, «por una política absurda», había sostenido contra los intereses franceses. «Créese, añadió, haberlo dicho todo con acusar de radicalismo á los patriotas que acaban de triunfar en Suiza. Yo no soy radical, pero soy del partido de la revolución, lo mismo en Francia que en Europa; deseo que el gobierno de la revolución no salga de manos de los patriotas moderados; mas aun cuando este gobierno fuese á parar á manos de políticos fogosos, así fuesen radicales, no abandonaré por ello mi causa; seré siempre del partido de la revolución.» Un trueno de aplausos salió de todos los bancos de la izquierda y se corrió

hasta las tribunas. Guizot estuvo violento, declamó contra el espíritu demagógico, para venir á parar en una retracción, protestando de no haber contraído con las demás potencias, el compromiso de pasar de las palabras á los actos contra la Dieta suiza:

El debate cobró nuevo brío aún, con motivo de la famosa frase del discurso de la Corona, en que se acusaba á la oposición de pasiones enemigas ó ciegas. Duvergier de Hauranne declaró con valentía que la minoría de la Cámara no venía á pleitear ante la mayoría contra el ministerio, sino á pleitear ante el país contra el ministerio y contra la mayoría, y afirmó que la ley autorizaba los banquetes políticos y que la oposición estaba resuelta á emplear este recurso lícito contra la corrupción ministerial. La cuestión era candente, porque en aquellos instantes la policía prohibía un nuevo banquete anunciado en París. El ministro de lo interior, Duchatel, sostuvo el derecho del gobierno á prohibir toda reunión en la que se entrase por dinero. «Los que creen, exclamó, que el gobierno cederá ante las manifestaciones, cualesquiera que éstas sean, se equivocan: el gobierno no cederá nunca.»—«Su señoría habla como Carlos X», gritó la izquierda. Odilon-Barrot puso de manifiesto que el gobierno marchaba á un golpe de Estado ó á una revolución. El guarda sellos, Habert, defendió la rara teoría de que todo lo que la ley no permite expresamente está prohibido y que no hay otros derechos que los formalmente escritos en la Carta.—«¿Ni siquiera el de respirar? se le gritó.—«Su señoría va más lejos que la restauración, interrumpió con vibrante voz Odilon-Barrot; Polignat y Peronnet no llegaron á hablar en esos términos. «La oposición entera se pone de pie; tendidas sus manos en actitud amenazadora hacia el banco de los ministros; á los gritos de la izquierda, responde el centro con furiosas recriminaciones; el presidente, Sauzet, desaparece; los diputados se separan tumultuosamente. No se había visto en la Asamblea escena parecida desde mil ochocientos treinta. La impresión en París fué extraordinaria.

Los conservadores más conspicuos estaban asustados ó intimaban á los ministros á transigir; Duchatel, no obstante la rudeza con que se había expresado, sentíase inquieto y deseaba retirarse; pero Guizot se mantenía inflexible, alentaba la terquedad del rey y empujaba á la mayoría á rechazar todo intento de conciliación. Al día siguiente, diez de Febrero, un diputado del centro, Darblay, propuso una enmienda por la que, condenándose las manifestaciones hostiles á las instituciones, se borraba todo lo que podía ofender á la oposición dinástica. Odilon-Barrot declaró que la izquierda no podía admitir el derecho de la mayoría á juzgar á la minoría. «Me creo, dijo Thiers apoyando á Barrot, tanto más obligado á defender el derecho cuanto que no he asistido á ningún banquete. Mi derecho está escrito en la Carta; es tan sagrado como el de la monarquía.» Un conservador, el economista Adolfo Blanqui, conjuró á la mayoría á no abusar del poder del número. No se le atendió; la enmienda fué rechazada. Otra presentó Desmousseaux de Givré, reducida á suprimir del mensaje las palabras injuriosas para los disidentes. La